

La conducta alimentaria en la Pintura (y II)

Manuel Pérez Miranda
Médico



Flacos distinguidos: la delgadez de los varones nunca es tan extrema como la femenina y suele estar adornada con la elegancia de la sobriedad. El porte digno de la delgadez simbólica de Don Quijote queda acreditado por Honoré Daumier, Picasso, Dalí y Rafael Isla, entre otros. “El caballero de la cadena de oro” (Rembrandt), y el “Caballero anciano”, “El licenciado Jerónimo de Cevallos”, “Antonio Covarrubias”, “El caballero de la mano en el pecho”, de El Greco son testimonios de elegancia.

Los retratos de Carlos III (Goya) y los de “Eduardo Rosales” (Madrado), del “Artista” (Manet), de “Manuel de Falla” y de “Hernán Cortés” (Zuloaga) son otros ejemplos. Finalmente, “El matemático” y “Adolfo Best” (Diego Rivera) y los autorretratos de Bazille, Manet, Renoir, Modigliani, y Dalí, muestran también una estética corporal magra y equilibrada.

Todos se ajustan a los cánones de belleza renacentista establecidos por Leonardo da Vinci con su geométrico “homo quadratus”.

En un plano aún más digno, impregnado de espiritualidad, se sitúan los múltiples “San Jerónimo”, de Bellini, Durero, Leonardo da Vinci, Botticelli, Tiziano, Ghirlandaio, Caravaggio, Messina, Zurbarán, Goya, Valdés Leal, Pereda, Campi y Lotto.

Similar nivel de espiritualidad ascética tienen “La cabeza de Apóstol” de Durero y los retratos de San Pío V (anónimo renacentista) y de “El Cardenal Tavera” (El Greco).

DELGADEZ PATOLÓGICA

La anorexia psicógena y la delgadez de la miseria y de la enfermedad no están exentas de una connotación estética que ha sido bien captada por los artistas. Algunos ejemplos lo ilustran: “El retorno del hijo pródigo” (El Bosco), “La cabeza grotesca” (El Españolito), “Viejo desnudo al sol” (Fortuny), “Muchacha al piano” (Cezanne), “Los miserables” (Gauguin), “Autorretrato” (Van Gogh); “La italiana” (Matisse), “Dos amigas”, “Comida frugal” y “El guitarrista ciego”, de Picasso; “Niña sobre un balón”, “Las tres gracias fluidas” y “Composición satírica” de Dalí; el “Retrato de Alicia Galant” y el “Autorretrato” de Frida Kahlo; el “Ermitaño meditando” (Varo), “Hambre” (Nuria Vives) y “Niños de Somalia” (José Sanfrancisco).

Todos ellos constituyen desgarradores gritos contra la pobreza, el abandono y la enfermedad que conmueven al espectador.

SOBREPESO MODERADO

Las equilibradas proporciones de la antigüedad clásica (las “Bailarinas y músicas” egipcias y “El mosaico de las tres gracias” de Pompeya) o de la incipiente modernidad renacentista (“Las tres gracias” de Rafael) dieron pronto paso a la estética de la abun-

“La anorexia y la delgadez de la miseria no están exentas de una connotación estética que ha sido bien captada por los artistas”



Botero y su modelo obesa.

“La glotonería, el hedonismo y la abundancia actuales han motivado la caricatura exagerada, pero amable y humorística de Botero”

dancia propia del renacimiento tardío y del barroco, reiterada después hasta la actualidad. Con “Minerva” y con “La alegoría de la abundancia” inauguró Botticelli el gusto por los perfiles femeninos ondulados y rellenos. Siguió este camino Tintoretto, con su “Dama desconocida” y con “Marieta Robusti”, y se llegó a la apoteosis con “Las cuatro brujas” de Durero y, sobre todo, con la generosidad carnal de “El Juicio de París”, “La educa-

ción de Maria de Médicis”, “Cimón e Ifigenia” y “Las tres gracias”, de Pedro Pablo Rubens. Varios románticos e impresionistas del siglo XIX aportaron otros ejemplos similares como “Cabeza de mujer” y “El harén” (Renoir), “Muchacha con mango” (Gauguin), “Giulia Beelli” y “La mujer del panadero” (Degas), “Cenador azul” (Rossetti) y el “Baño turco” (Ingres). El realismo del siglo XX también nos ha legado algún testimonio: “Retrato de Maria Carmo-na”, “Muchacha en un paisaje de Cadaqués” (Dalí) y “La molendera” (Diego Rivera).

En todos estos casos de sobrepeso se transmite una estética amable, serena y armoniosa en la que la opulencia física parece enteramente natural, estando muy distante de ser llamativa, escandalosa o caricaturesca.

OBESIDAD MANIFIESTA

El mejor testimonio de la obesidad claramente anormal, la que provoca desazón y rechazo, es “La monstra” (vestida y desnuda) del asturiano Juan Carreño de Miranda. La protagonista es una adolescente extraordinariamente voluminosa que probablemente padecía una patología suprarrenal.

Otra adolescente que provoca compasión o rechazo es “Laurette con una taza de café” (Matisse) que además de un volumen desorbitado exhibe también una indolencia extrema y una abulia total, magníficamente recogidas por el artista. Con el “Retrato de Lucía” nos aporta Dalí otra obesidad patológica, con rasgos hipotiroideos.

Las obesidades femeninas más llamativas inciden en mujeres jóvenes y producen en las protagonistas ansiedad, tristeza o depresión. Las masculinas son casi exclusivas de varones maduros y se sobrellevan, en general, con satisfacción y buen ánimo.

Algunas son extremas e incapacitantes, como la de “Belisario” o la de los últimos años de Cezanne (“Autorretrato”). Otras son compatibles con la moderada actividad de los hábitos burgueses: “Caballero sonriente” y “Autorretrato, 1640” (Rubens), “Retrato de Henri Gasquet” (Cezanne), “Retrato de mi padre” (Dalí) y “El burgés” (Monturiol). Otros son compatibles con una actividad artesanal normal, como se aprecia en el “Hombre con gorro” (Van Gogh).

La glotonería, el hedonismo y la abundancia gastronómica actuales han motivado la caricatura exagerada, pero amable y humorística, de Fernando Botero.

Con sus idealizados modelos de súper-obesos y con su indudable calidad artística ha conseguido un éxito sorprendente y un renombre internacional.

LA GUINDA

Ángel Paz Rincón

ECTs

Un nuevo acrónimo se ha colado en el argot de los docentes universitarios. Se trata de ECTs (Sistema Europeo de Transferencia de Créditos, en inglés) Una nueva modalidad de cálculo del tiempo del profesor y del estudiante. El profesor tendrá que justificar su “carga docente” a partir de este nuevo concepto y el estudiante tendrá que matricularse y superar un número de créditos de acuerdo con los programas de cada una de las universidades inmersas en la convergencia europea.

La movilidad de estudiantes y egresados exige nuevas formas metodológicas basadas en las competencias. Se trata de una doble cuantificación: tiempo calculado para que el estudiante supere una determinada materia y grado de ejecución de competencias, conductas observables, en relación a su profesión futura.

Si hacemos caso a Derrida, este discurso que nace en un ambiente neoconservador tiene como objetivo la adaptación de las instituciones educativas a las nuevas formas del mercado. La empleabilidad, criterio supremo de calidad de unos determinados estudios, vendrá confirmada por la adaptación del sujeto a las condiciones de empleo definidas por el sector productivo. De nuevo, el sector económico impone sus condiciones al mundo educativo.

Ya estamos acostumbrados a que se utilicen términos “nuevo”, “reforma”... para enmascarar actitudes conservadoras. Los mass media nos han acostumbrado a la “news” y los “nuevos modelos” de los productos del mercado entran necesariamente con el aval de ser mejores, sin necesidad de justificar la calidad de su novedad. Así pues, la “competencia” refuerza el carácter individualizador y enajenante que nada tiene que ver con los planteamientos de la educación ilustrada, colaborativa, reflexiva y en contacto con la realidad.

La educación, la construcción social de la realidad, necesita de todos. La verdad, aquel objetivo de la ilustración republicana, requiere múltiples aportaciones. Ciertamente hay algún resquicio para introducir mejoras necesarias en el sistema universitario. Pero no nos lo ponen nada fácil.